

Padre José María Valente Bover S.I

Jesús en Galilea anuncia el reino de los cielos

Parece a primera vista extraño que Jesús, al enterarse de la prisión de Juan, se retirase, como a lugar más seguro, a Galilea, sujeta a la jurisdicción del mismo Herodes Antipas, que había echado en la cárcel al Bautista. La razón de semejante determinación pudo ser la conveniencia de alejarse de los sitios, teatro de la actividad del Bautista, sobre los cuales principalmente tenía Herodes fijada su atención. Aunque, si es verdad, como parece, que los que habían «entregado» a Juan eran los escribas y fariseos, enemigos igualmente de Jesús, era prudente retirarse a Galilea, donde éstos tenían menos influjo.

«Dejando a Nazaret»: esta expresión, que, en absoluto, pudiera significar «dejando a un lado a Nazaret», sin entrar en la ciudad, parece debe entenderse más bien en el sentido de que Jesús, aunque entró en ella, no se detuvo allí mucho tiempo, sino que la dejó definitivamente para trasladar su habitual residencia a Cafarnaúm, centro de comunicaciones más a propósito para su predicación por Galilea. —«En los confines de Zabulón y Neftalí»: es decir, de las regiones antiguamente habitadas por estas dos tribus. Nota el Evangelista esta particularidad para justificar la cita que luego hace de Isaías. Cafarnaúm estaba en la región de Neftalí, que corría de N. a S. a lo largo de la ribera occidental del Jordán y del lago de Genesaret. La localización o identificación de Cafarnaúm es discutible. Hoy, generalmente, se la identifica con Tell-Hum. Pero las razones que suelen aducirse a favor de esta identificación no son del todo convincentes; ni se han tomado suficientemente en consideración las razones que militan a favor de Khan-Minyer (Cfr. *Datos evangélicos sobre la identificación de Cafarnaúm*, Estudios eclesiásticos, 4 [1925], 214-217).

«Para que se cumpliese»: la finalidad expresada por el Evangelista debe tomarse en sentido estricto, dado que se trata de una profecía mesiánica, que se cumple a la letra. Y se cumple con una verdad y propiedad, que tal vez rebasa el alcance de la misma profecía. Porque Jesús no solamente predicó en Cafarnaúm y en Galilea, sino que allí tenía determinado desarrollar el plan integro de su predicación evangélica. Las principales enseñanzas, que él dio por su propia iniciativa: el Sermón del monte, las instrucciones misionales a los apóstoles, las parábolas del Reino de Dios, las dio todas en sus expediciones por Galilea. Las demás enseñanzas anteriores al último viaje a Jerusalén, fueron más bien ocasionales o complementarias. De ahí la razón de un hecho, tal vez no bastante comprendido: el que la primitiva catequesis evangélica versase preferentemente, si no exclusivamente, sobre la predicación de Jesús en Galilea.

San Mateo abrevia algo esta primera parte del texto de Isaías (8, 23), que decía:

Como el tiempo primero humilló
la tierra de Zabulón
y la tierra de Neftalí,
así el tiempo postrero glorificará
el camino del mar,
allende el Jordán,,
el distrito de las gentes.

En el supuesto, natural, de que la apódosis corresponda geográficamente a la prótasis, —para que lo que después se glorifica sea lo mismo que antes se humilló—, los tres últimos incisos habrán de representar, geográficamente, la tierra de Zabulón y de Neftalí. «El camino del mar» puede entenderse de dos maneras bastante diferentes, según que «camino» se tome como sustantivo o como preposición. En el primer sentido es la famosa *Via maris*, que, partiendo de Damasco, bordeaba el Mar de Genesaret (a lo largo del llano de Genesar o Genesaret = *el-Guver*) y, doblando hacia el occidente, llevaba hasta el Mar Mediterráneo. En el segundo sentido «camino del mar» significa «hacia el mar», que unos explican «en dirección al mar», otros «a lo largo del mar». En este segundo sentido suele interpretarse el inciso en San Mateo. «Allende el Jordán» lo explican generalmente los intérpretes, tanto en Isaías como en San Mateo, como equivalente de «ribera oriental del Jordán». Pero semejante interpretación tiene su dificultad; dado que la ribera oriental del Jordán no está comprendida en la tierra de Zabulón y en la tierra de Neftalí. Decir que la extensión de la glorificación será mayor que la de la humillación no parece bastante fundado. Tal vez por otro camino se podría hallar una explicación más coherente. Si por «el camino del mar» se entiende la *Via maris*, y «allende el Jordán» se interpreta (como en Gen. 50, 10; Num. 32, 19; Deut. 3, 20; 3, 25; 11, 30) «ribera occidental del Jordán», desaparece la dificultad. Esta interpretación de «allende el Jordán» no parece inverosímil, si se relaciona con la *Via maris*; dado que para quien toma esta *Via* desde Damasco, que es su punto de partida, la otra parte del Jordán es su ribera occidental. Y la importancia de Damasco justifica la generalización de esta denominación (Cfr. L. SZCZEPANSKI, *Geographia historica Palaestinae antiquae*, Romae, 1926 pg. 169). «El distrito de las gentes» (en hebreo *gelil ha-goyim*) era la Galilea superior, habitada en gran parte por gentiles. *Gelil*, nombre común en un principio, vino a convertirse más tarde en el nombre propio de *Galilea*. Aun bajo este aspecto, la Galilea, como campo de la predicación evangélica, era más apropiada que la Judea para significar la universalidad de la salud mesiánica.

Este vers., que representa la salud mesiánica como una gran luz que amanece a un mundo sepultado en tinieblas, reproduce con variantes insignificantes Is. 9, 1.

«Arrepentíos...»: ya esta primera predicación de Jesús echa por tierra todas las falsas concepciones mesiánicas de los judíos. Lo que anuncia es «el Reino de los cielos»: un mesianismo espiritual; y la condición para recibirlo y gozar de sus bienes es el arrepentimiento o penitencia interna, que, según la fuerza de la palabra original, entraña en sí, además de la detestación de los pecados, un cambio profundo en el pensar y sentir. —Es digno de notarse

que la predicación inicial del Mesías coincide con la primera predicación de su Precursor: como para indicar que, si su oficio era diferente, era uno el objetivo que entrambos pretendían: señalar el próximo cumplimiento de la promesa mesiánica, que era la sustancia de todo el Antiguo Testamento. Con ello, además, inicia Jesús su táctica prudente en revelar lenta y gradualmente el gran misterio del Reino de Dios, que definitivamente había de cristalizar en la Iglesia.

Vocación de los primeros discípulos

Ya anteriormente Pedro y Andrés habían seguido a Jesús como discípulos (Jn. 1, 35.42; 2, 1-22...); pero el seguimiento, que hasta ahora había sido de afición espontánea, se convierte ahora en profesión constante y de por vida. Este llamamiento anuncia y prepara el posterior al apostolado.— «Pescadores de hombres»: era frecuente en Jesús acomodar sus palabras a la situación presente; de ahí un criterio bastante seguro y fecundo para interpretar todo el alcance de sus palabras y entrever todas sus alusiones a las circunstancias de tiempo y de lugar.

También, probablemente, Juan y Santiago eran ya por afición discípulos de Jesús; mas sólo desde ahora quedan definitivamente ligados a su persona y a su obra, para ser, con Pedro, los discípulos predilectos del Maestro.

Jesús enseña y obra milagros

Son bastante frecuentes en los Evangelistas semejantes narraciones comprensivas o sintéticas de las excursiones de Jesús, de su predicación y numerosos milagros. De ellas se colige que los dichos y hechos del Salvador especificados en los Evangelios no representan sino una mínima parte de su incesante actividad. Es, por tanto, contrario a los hechos el empeño de querer reducir a solos dos años la vida pública de Jesús, por el pretexto de que la materia evangélica no da de suyo suficientemente para llenar tres años enteros. Más contrario aún es a la realidad histórica el prurito, a las veces malsano, de los llamados «duplicados», es decir, la tendencia sistemática a considerar como referentes a un mismo hecho o dicho del Salvador dos pasajes evangélicos más o menos semejantes, pero que o en sí mismos o en las circunstancias en que están encuadrados presentan suficientes indicios de distinción. ¡Como si el divino Maestro se hubiera impuesto la ley de no repetir dos veces la misma sentencia o parábola ante auditorios diferentes o de no obrar dos milagros parecidos! Y lo peor es que con este sistema de los «duplicados» queda muchas veces bastante malparada la fidelidad y verdad de los Evangelistas.

Conviene subrayar cada una de las expresiones empleadas por el Evangelista.

«Y discurría Jesús por toda Galilea»: con esta frase compendiosa comprende San Mateo la primera misión en Galilea, que llena los últimos meses del primer año, y los comienzos de la segunda misión, que llene la primera mitad

del segundo año. Muchos de los hechos ocurridos durante este período refiérelas San Mateo más adelante, como en su lugar se advertirá. La expresión «toda Galilea», repetida por San Marcos (1, 39) no queda agotada con los episodios atribuidos a este periodo por San Marcos (1, 14; 3, 12) y San Lucas (4, 14; 6, 11). —«Enseñando en las sinagogas de ellos»: es decir, en las sinagogas de todos los pueblos y aldeas, que Jesús iba recorriendo. No hay que dar, por tanto, a sola la sinagoga de Cafatnaúm el relieve que se le ha dado. —«El Evangelio del Reino»: expresión felicísima, que declara la sustancia y el carácter de la predicación de Jesús. —«Y curando toda enfermedad y toda dolencia»: ¡cuántos y cuán variados milagros se insinúan en estas breves palabras! —«En el pueblo»: la gente humilde era la favorecida especialmente por el bondadoso taumaturgo. De ahí su creciente popularidad.

«Y su renombre se divulgó por toda la Siria»: por más estupenda que sea esta afirmación, no hay motivo para limitarla a sola la región limítrofe de la Galilea. Poco después menciona el mismo San Mateo la Decápolis y la Perea, y San Marcos la Idumea (3, 8) y San Lucas la marina de Tiro y de Sidón (6, 17). —«Y le presentaron todos los que se hallaban mal...»: nueva mención de milagros a granel.

«De la Decápolis»: como su nombre indica, era la confederación de diez ciudades helenísticas, que, aunque sometidas a Roma y al legado de Siria, gozaban de cierta autonomía. Más tarde, aunque se agregaron algunas otras ciudades, la confederación conservó el nombre primitivo. Las principales fueron: Damasco, Hipos, Escitópolis, Pella, Gadara, Abila, Díos, Gerasa, Filadelfia. —«De allende el Jordán»: de la Transjordania o Perea.

(José M. Bover, S.L., el Evangelio de San Mateo, Ed. Balmes, Barcelona, 1946 pág 95-101)